

PRÓLOGO

El banquete de los atrabiliarios es un libro de filosofía, un buen libro de filosofía contemporánea que se hace cargo, sin embargo, de un enigmático enunciado establecido por Aristóteles en el Problema XXX y que comienza con esta inquietante pregunta:

¿Por qué razón todos aquellos que han sido hombres de excepción, bien en lo que respecta a la filosofía, o bien a la ciencia del Estado, la poesía o las artes, resultan ser claramente melancólicos (atrabiliarios), y algunos hasta el punto de hallarse atrapados por las enfermedades provocadas por la bilis negra, tal y como explican, de entre los relatos de tema heroico, aquellos dedicados a Heracles?

El banquete de los atrabiliarios se ocupa justamente de la génesis de esa creación inusual que es la filosofía, junto con la poesía y las artes. Y lo hace en diálogo con los clásicos de la historia de la filosofía (y también con algunos heterodoxos) viajando a través de un territorio que es hoy la sede de la ontología: el lenguaje. Desde los espacios fronterizos entre la filosofía del lenguaje, la lingüística y la metafísica —la de Aristóteles y la de Hegel, sobre todo, pero también de Leibniz—,

el autor de *El ajedrez de la filosofía* retoma o más bien continúa una partida iniciada hace ya muchos años. Con un castellano de extraordinaria calidad y riqueza, que recuerda en ocasiones a nuestros mejores clásicos, conduce esas relaciones entre filosofía, ontología y lenguaje hacia una inusual partida de ajedrez mediante la evocación de una cálida y honda velada.

Pero, además, este ensayo, que lo es en el más pleno sentido, constituye también un homenaje a la filosofía española y a un modo de entenderla y crearla a través de una particular escuela, y en él aparecen, entre otros, nombres como Agustín García Calvo, Víctor Gómez Pin, Fernando Savater, Javier Echeverría o Miguel Sánchez-Mazas, alguno de los cuales, algo que dejamos adivinar al lector, es reconocible entre los protagonistas de este drama especulativo que es el diálogo. A esta elección, la del diálogo, en sí misma un audaz acierto, le da más valor el modo en que, desde ese género ya casi olvidado, se hace aterrizar el rigor filosófico, un vasto conocimiento y una pertinente erudición. Rigor y erudición, trufados de giros y hablas populares rescatadas del tiempo o de un humor limpio (y nada negro), que construyen finalmente una atmósfera amable en la que un padre junto a sus hijos y un buen amigo reviven una tertulia atravesada también de poesía, de manzanilla de Ronda, chacolí o *gin fizz* y de giros aún más terrenales asociados a los torreznos de Soria como principio, combinados con una geométrica tarta de zanahoria y chocolate como final. Y todo ello aderezado de referencias a la lengua vasca y a personajes y paisajes que pueblan el universo de Fernández, plasmado en su ya nutrida obra en textos como *El ajedrez de la filosofía* o *Lycofrón: diario de clase*, o la reciente obra narrativa *Nanna*, todas ellas referenciadas e inevitablemente presentes en *El banquete de los atrabiliarios*. Especialmente *Nanna*, como hospitalaria anfitriona de la velada, hospitalidad que, a su vez, es reproducida por Fernández, el

padre, y José Patiño, el amigo, en compañía de la hija y el hijo de Fernández, estudiante ella de Derecho y él de Filosofía.

Pero hecha esa breve presentación quisiera volver al comienzo y hacer una reflexión acerca del término *atrabilario*, sobre cuya presencia en el título no me atreví a dar mi opinión de que era mejor retirarlo, aunque el autor lo adivinó y me propuso sustituirlo por melancólico. Melancólico no le hubiera hecho justicia, porque sin negar la inevitable melancolía que planea sobre las cuestiones irresolubles que plantea o sobre la infinitud depositada en un tablero de ajedrez, o sobre la imposibilidad de nombrar algunas cosas, lo cierto es que hay un tono jovial que se traslada al lector y le ayuda a seguir los casi siempre enjundiosos argumentos. En todo caso el término *atrabilario*, que finamente permanece, tampoco le hace del todo justicia, si por tal entendemos estas cosas que nos dice el diccionario de la RAE: irascible, irritable, desabrido, violento, colérico, severo, destemplado, cascarrabias o gruñón. Nada de eso se encuentra en estas páginas. Por el contrario, como he señalado, el lector se sumerge en una atmósfera cálida y hospitalaria, hospitalidad que ofrece primero Nanna en la velada original y luego Fernández en la nueva tertulia matinal que evoca la primera. Por eso es tan importante esa mención al Problema XXX con la que he comenzado, porque solo desde esa mención se entiende la obra y el sentido que oculta el término *atrabilario*.

El texto lo menciona de manera explícita, aunque como pasando de puntillas. Igualmente, de pasada, se refiere al cuadro de Durero dedicado a la melancolía o menciona el título de la obra de Gómez Pin *De usía a manía (Vino y éxtasis)*. Lo cierto es que la mención a esta última obra y su aproximación al vino es tal vez la mejor vía para acercarse a ese término de *atrabilario* tal como es usado en el texto aristotélico y rescatado en el de Fernández. Porque, más allá de otras interpretaciones, en ese texto, Aristóteles está tratando de compren-

der, mediante la analogía con los efectos del vino, los procesos mediante los cuales nacen la filosofía, la poesía y las artes. Y precisamente de lo que pretende dar cuenta Fernández, el Fernández del diálogo y el Fernández autor de *El banquete de los atrabiliarios*, es de eso: del *don de la ebriedad*, del problema que subyace al lenguaje, de su fuente podríamos decir, aunque también de las operaciones y problemas que genera.

Es obvio entonces que el don de la ebriedad no remite a la borrachera, pero tampoco a lo irascible, irritable, desabrido, violento, colérico, severo, destemplado, cascarrabias o gruñón, sino que tiene que ver con los finos y casi delirantes análisis que propone del poema del mismo nombre de Claudio Rodríguez. Y entonces, el don de la ebriedad remite al libro mismo de Fernández, que nos recuerda una expresión escolástica según la cual la belleza es el esplendor de la verdad (o de las perplejidades en torno al problema de la verdad). A lo que nosotros añadimos entonces que este libro como ensayo filosófico, ese género tan hispano y que hay que leer, es o pretende ser a la vez filosofía, poesía y arte y, como tal, entonces es también lo atrabiliario.

Vicente Serrano
Murcia, 13 de diciembre de 2024